



# EDITORIAL

En esta ocasión nos sumergimos en varios parajes del pasado de México. Tenemos el agrado de refrescar nuestra mente bajo las aguas del Golfo de México, pero también dentro de los frescos cenotes de la península de Yucatán.

En este viaje de lectura seremos llevados de la mano de connotados especialistas, como Pilar Luna Erreguerena, para recordarnos el valor de una joven disciplina que comenzó a practicarse en el país a fines del siglo XX. Ello inició con proyectos de investigación arqueológica, pero a la vez subacuática, en sitios como el Arrecife Cayo Nuevo, en aguas campechanas; el Manantial de la Media Luna, en San Luis Potosí; o el Arrecife Chitales, cerca de Cancún, Q. R.

Muchos de esos proyectos surgieron a partir de denuncias o de avisos realizados por pescadores, prestadores de servicios turísticos o ciudadanos a los que interesó, pero también preocupó el tratamiento y destino de diversos materiales prehispánicos, coloniales o históricos.

Si bien en un principio costó trabajo que en México existiera el reconocimiento de la arqueología subacuática como un oficio relevante, desde los primeros años del siglo XXI nuestros especialistas coadyuvamos activamente para elaborar el texto de la Convención de la UNESCO sobre la Protección del Patrimonio Cultural Subacuático, que entró en vigor en enero de 2009. Por lo que toca al INAH, su equipo de especialistas en esta disciplina incluye antropólogos, arqueólogos, biólogos, historiadores y restauradores, entre otros.

A nadie escapa que, para conocer, es necesario ver y entender. Por ello dedicamos este número al nuevo espacio abierto al público desde diciembre de 2017 en el Fuerte o Reducto de San José El Alto, recinto hoy convertido en el Museo de Arqueología Subacuática.

Una nueva inmersión al maravilloso mundo de nuestro legado cultural sumergido, ahora guiados por Helena Barba Meinecke, nos llevará a seis salas en las que se muestran, de manera accesible y novedosa, más de 700 objetos recuperados de ámbitos marinos y de aguas dulces. Aprenderemos qué se entiende por arqueología subacuática y cuál es su objeto de estudio; los retos a vencer y los casos de éxito.

Más adelante se nos informará de la formación y de la antigüedad del territorio nacional y de sus sucesivas transformaciones; de sus primeros pobladores y del hábitat florístico y faunístico que existía. Se ejemplifica con el singular caso de una joven llamada Naia que vivió hace unos 12,000 años en la región que hoy conocemos como Tulum.

En otra sala se presentan los hallazgos de contextos acuáticos asociados a la civilización maya, tanto ofrendas como depósitos funerarios; las formas de captación y almacenamiento del agua pluvial, en especial los cenotes; así como la navegación costera y fluvial. Resaltan las vasijas centenarias recuperadas en varios cenotes y la ofrenda mortuoria depositada al pie de una escalinata en un basamento de la Isla de Jaina.

Después se muestran varias series de hallazgos submarinos del periodo virreinal. Elementos de plomo (escandallos) que permitían saber la profundidad del navío, anclas, balas de cañón, monedas de plata, tejas que servían como lastre, etc. Indudablemente todo tiene una historia particular e interesante, pero lo que quizá más llama la atención es la colección de piezas de oro, algunas con engarces de esmeraldas, que un día fueron a parar al fondo del mar en el Arrecife Alacranes.

Con el paso del tiempo las embarcaciones también han ido cambiando y éste es el tema presentado en la última sala del Museo de Arqueología Subacuática. La fuerza del viento atrapado en las velas fue reemplazada por las máquinas a vapor y éstas, a su vez, fueron superadas por motores de combustión. De manera paralela, los artefactos que viajaron con las distintas generaciones de marinos fueron evolucionando acorde a los cambios tecnológicos.

En otra oleada de la revista aprenderemos un poco más sobre ese lejano territorio conocido como Arrecife Alacranes. Nuestros guías son Barba Meinecke y Abiud Pizá Chávez. Nos llevan a embarcarnos en varias fuentes históricas del siglo XVI y analizan con cierto detalle la información referente a dos naufragios de las primeras décadas de esa centuria.

Más adelante, la arqueóloga Rocío Escalante Posse nos habla de la relevancia que tenía el intercambio comercial de tiempos virreinales, en particular de aquel vinculado a las piezas de oro. Centra su

atención en la colección de mondadientes del siglo XVIII recuperados del pecio Ancla Macuca, en el Arrecife Alacranes. Llama la atención que los mondadientes eran multifuncionales, pues no sólo permitían la limpieza dental, sino también la de oídos y uñas, además de que algunas piezas podían usarse como dosificadores de medicinas, cosméticos, tabaco o condimentos. También se sabe de su uso como amuletos y como exvotos.

Por su parte, la restauradora Diana Arano Recio nos lleva a bucear en las tranquilas aguas de los cenotes (del maya yucateco dzonot), hablándonos de sus orígenes y variedad, así como de las recomendaciones que deben considerarse para la conservación de los bienes patrimoniales, prehistóricos, prehispánicos o históricos, en ellos encontrados.

Este viaje por la historia subacuática de esta región del país concluye con un acertado resumen, de la arquitecta Claudia Elena Escalante Díaz, de lo que para todos nosotros significa que el nuevo museo de arqueología subacuática tenga como sede el reducto de San José el Alto, espacio ingeniosamente habilitado para el aprendizaje y disfrute de todo aquel que nos visita. ¡Enhorabuena!

Antonio Benavides Castillo  
Centro INAH Campeche